

EL BARCO



DE VAPOR

Percy Galindo Rojas

Álex, el flotador



FINALISTA DEL PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2009 - PERÚ



Primera edición: abril de 2010

Ilustraciones: Elisenda Estrems
Diagramación: Rocel Rodríguez
Retoque digital: José Quijaite
Coordinación editorial: Carlos Maza

© del texto: Percy Galindo Rojas, 2010
© de las ilustraciones: Elisenda Estrems, 2010
© de esta edición: Ediciones SM SAC
Micaela Bastidas 125, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: 614-8900
www.ediciones-sm.com.pe
contacto@ediciones-sm.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S.A.
Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos, Lima
www.metrocolor.com

Tiraje: 2 000 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-50-8
Registro de Proyecto Editorial: 31501311000168
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú, No. 2010-02020

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

EL BARCO



DE VAPOR

Álex, el flotador

Percy Galindo Rojas

Ilustraciones de Elisenda Estrems

Finalista del premio El Barco de Vapor 2009 - Perú





Tengo un problema.

No se lo he contado a nadie porque es difícil de contar (ya verán por qué), así es que he decidido escribirlo.

Mi nombre es Álex. Y tengo diez años. Hasta hace unas semanas era normal. Vivía con mis padres, Ana y Luis, y con Marita, mi hermana de cinco años, en un departamento de la calle Naranjos.

No tenía problemas.

Aunque, bueno, en realidad, que “no tenía problemas” es un decir, porque, ¿quién no tiene problemas?

Yo tenía varios problemas, pero pequeños, claro. No tenía un PROBLEMA.

¡Ahora lo tengo!

Si a un adulto cualquiera le dicen que un niño de diez años tiene un PROBLEMA, así, con

mayúsculas, lo más seguro es que el adulto opine que no es para preocuparse.

Dirá que ese “problema” ya le ha ocurrido antes a medio mundo y que pasará sin dejar ninguna huella importante, porque, en realidad, no es nada importante.

Les explicará aquello de que “no hay que ahogarse en un vaso de agua”.

Lo cual es muy cierto. Pero, ¿saben cuándo nos damos cuenta de que “no hay que ahogarse en un vaso de agua”? ¿Lo saben?

¡Recién cuando empezamos a ahogarnos en una piscina y la comparamos con el vaso de agua! ¡Nunca antes!

¡Ahora, yo estoy en una piscina!

Hace un rato, echado en la cama, pensaba en el tiempo (hace dos semanas) en que mis problemas eran pequeños problemas, apenas vasos de agua. Y recordé que tenía varios.

Aquí hay algunos:

Pequeño problema número 1: No sé montar en bicicleta.

Tengo diez años y, a mi edad, eso es un crimen. Lo he intentado varias veces, pero me

caigo, no tengo equilibrio. En un barrio como el mío, donde todos los chicos salen a pasear diariamente en bicicleta, eso es un problema. Hasta el verano pasado mi excusa era que no tenía una, pero me la regalaron en mi último cumpleaños, de modo que ya no tengo más excusas qué inventar para evitar los paseos grupales.

¡Imposible confesar que no sé montar en bicicleta!

Pequeño problema número 2: Conseguir un Play Station.

Casi todos los del barrio y los del colegio tienen un Play Station. Yo lo pedí para mi cumpleaños, pero en su lugar me dieron una bicicleta.

Desde hace tiempo estoy ahorrando para comprarme uno. Pero, como verán más adelante, hace poco gasté buena parte de lo que tenía ahorrado. Lo usé para solucionar otro de mis pequeños problemas.

Pequeño problema número 3: Soy becado en el colegio.

Claro que, para papá y mamá, más que problema esto es una bendición porque alivia

el presupuesto de la familia. Me lo repiten a cada instante. Pero para mí sí que es un problema: tengo que esforzarme para sacar un buen promedio y mantener mi beca. ¡Eso me tensa!

Pequeños problemas números 4 y 5: Mis notas de matemática y de educación física (aunque no lo crean).

Soy malo para los números y peor aún para los deportes. Las ecuaciones y los quebrados me parecen letras escritas en chino y en deportes soy un perfecto cero, redondito y bien cerrado.

¡Incluso en fútbol!

Y no es que el fútbol no me guste, al contrario, me encanta. Habitualmente sigo los partidos del campeonato y soy hincha incondicional de Lionel Messi. Pero tengo lo que se dice “dos piernas izquierdas”. (Digo “lo que se dice” aunque no entiendo muy bien eso que “se dice”, porque yo digo: ¿quién no quisiera tener las dos piernas izquierdas de Messi?).

A causa precisamente del fútbol es que estoy en problemas con educación física.

Sucede que en un bimestre me desaprobaron porque me negué a participar en el

campeonato interno de fútbol del cole. Es que soy tan malo para jugar, que me da vergüenza. Cuando lo hago, todos se molestan conmigo.

Le paso la pelota al rival, la pateo a cualquier lado, me hacen túneles. Y aunque es un juego y se supone que en un juego todos ríen, conmigo nadie se ríe en el fútbol. Al contrario, todos reniegan. ¡Ni el Choque, que es mi amigo, quiere tenerme en su equipo!

Pequeños problemas números 7, 8, 9, 10, 11 y etc.:
¡No puedo perder mi beca!

Hace unos días tuve que enfrentar estos pequeños problemas 7, 8, 9, 10, 11 y etc., en los exámenes finales del colegio.

No me había ido muy bien en los anteriores bimestres y en mis dos cursos-problema, matemática y educación física, tenía notas muy bajas. ¡Mi beca estaba en riesgo! Así es que dediqué mi vida entera a mantenerla.

Para el examen de matemática me preparé con Enrique Vargas, quien además de ser un compañero de clases y vivir cerca de mi casa, es mi mejor amigo. En el colegio le dicen Enrique o Quique. Pero en su familia todos lo llaman el

Choque. Según su mamá, de niño, en lugar de llamar “coches” a los vagones del tren, les decía “choques”. Es la única persona que conozco a la que en su casa la llaman por su chapa y en el colegio por su verdadero nombre.

El Choque tiene un primo que estudia para ingeniero y explica muy bien matemática. Durante dos semanas, todas las tardes, estudiamos con él al salir de clases. Luego, ya solo en mi casa, por las noches, yo repasaba lo estudiado hasta que me venciera el sueño. Y aunque me costó un gran esfuerzo (y parte de mis ahorros: el primo del Choque no enseñaba gratis), valió la pena. No saqué 20, pero un 15 fue suficiente para no preocuparme más —al menos hasta el próximo año— por la matemática.

Con educación física, en cambio, la historia fue otra. El profe Guzmán dijo que el último examen iba a consistir en una prueba de salto largo. Pero, ¿cómo se estudia para una prueba de salto largo?

Le pregunté al Choque si no tenía otro primo que fuera campeón de salto largo o algo como eso. Me dijo que sabía que uno de sus vecinos era campeón de halterofilia.

—¿Qué es eso?

—No sé, un deporte, creo.

Buscamos en el diccionario: “Levantamiento de pesas”.

—Los levantadores de pesas son grandes y gordos.

—Son deportistas de todos modos.

—No sirve, Choque, no saltan.

De modo que mi única preparación consistió en estar —durante dos semanas— salta que salta como una rana por todos lados: en el parque, en el camino al mercado, en las gradas de mi edificio. Salta que salta.

Busqué un par de videos en Youtube y examiné con mucho cuidado los movimientos de los campeones de salto largo. Por más que intenté repetirlos no me sirvieron de nada. Así que mejor dejé eso del Youtube, porque la tentación de entretenerme perdiendo el tiempo con otros videos era alta.

Me quedé simplemente en el salta que salta.

Hasta que llegó el día de mi examen final de educación física en el estadio del cole, el día “D” (Día “D”: día decisivo, día del desembarco

de los aliados en Normandía durante la Segunda Guerra Mundial; en historia sí soy bueno).

Frente a la fila de chicos que esperaban su turno de entrada a la fosa de salto, me sentía, lo que se dice hecho “un manojito de nervios”. (¿Se sentirá uno así cuando va a dar examen de ingreso a la universidad?).

Y, sin embargo, al contrario de lo que normalmente ocurría en los exámenes de matemática o de ciencia y ambiente, observé que esta vez todos los demás alumnos estaban relajados.

Yo era el único nervioso y tenso. Yo era el único que observaba todos los movimientos de los primeros participantes y trataba de copiar lo correcto y desechar lo incorrecto.

(Y yo era el único, claro, al que, si le iba mal en este examen, perdería su beca de estudios).

El primer turno de salto fue de Renato Yri-goyen, el chico más alto y fornido de la clase. Aunque es uno de los últimos en la lista alfabética, el profe lo puso como cabeza de examen para servir de modelo de la forma en que debíamos saltar todos.

Muy canchero en esto, Renato primero hizo calistenia y ejercicios para soltar los músculos, como los deportistas de las olimpiadas. Dio unos saltitos previos en su sitio y luego ensayó tres, cuatro, cinco largos y agilísimos trancos. Se puso en posición de listos y esperó el silbato del profe. Cuando sonó, corrió y, ¿qué creen?: ¡cuatro metros y diez centímetros!

¡Un saltazo!

El profe Guzmán, que también es el entrenador del equipo de básquet del colegio, lo felicitó, orgulloso.

Aunque todavía está en sexto de primaria, como yo, Renato es uno de sus jugadores estrella en el equipo alterno del cole. ¡Futuro capitán del equipo principal! Lo más seguro es que le puso 20 de nota.

Luego fue el turno de Víctor Villavicencio, quien hizo tres noventa. Nada mal.

Y luego le tocó a Pepe del Pino, tres sesenta. Un poco flojo, pero no tanto.

El Choque hizo tres ochenta. La mayoría estaba en ese promedio.

De las mujeres, Chío Vega hizo tres ochenta. Chío Vega es la más atlética de las

niñas. El Choque dice que le gusta, aunque a mí me parece un poco flacucha.

A mí me gusta mucho más Lucy Bala.

Lucy Bala, que es una bala para responder las preguntas de matemática y ciencia y ambiente, pero que en deportes no hace honor a su apellido, hizo tres diez. Tomé nota de su marca: ella solía ser la última en cuestiones de marcas.

¡No podía sacar una marca menor que la de Lucy Bala!

¿Y, si lo hacía?

Imaginé las risas, la burla de todos.

¿Me quitarían la beca? ¡No puede ser!
¡Imposible! ¡Entristecería a mamá! ¡Preocuparía a papá!

Me puse nervioso. Sentí húmedas las manos, mis piernas temblaron. ¡Qué ridículo!

Finalmente, al cabo de tanto sufrimiento, llegó mi turno.

—¡Alex Díaz! —gritó el profe Guzmán con su voz de pito.

Caminé hacia el punto de partida.

“Es el momento de la verdad”, me dije.

“¡Ahora o nunca!”, me repetí con firmeza.

Para soltar los nervios, imité los movimientos de Renato Yrigoyen.

Hice calistenia. Di dos, tres saltitos. Me puse en posición de alerta, como los velocistas antes de una carrera: las manos pegadas al piso, la rodilla izquierda extendida hacia atrás y la derecha doblada ligeramente hacia adelante. Luego, cerré los ojos y esperé la cuenta.

Sonó el silbato del profe. Y corrí... ¿Qué creen que pasó?

¿Han visto la película *Matrix*?

Digo, si la han visto podrán imaginar con más exactitud lo que pasó, pues no soy bueno para describir cosas.

Además, ¿cómo describir lo que no he visto? ¡Tendría que haber estado fuera de mí para verlo!

De modo que solo puedo decir lo que sentí. Y se me ocurre que lo más cercano a lo que sentí se parece a las peleas en cámara lenta de *Matrix*.

Verán.

Sentí que mi cuerpo se elevaba en el aire y que mis piernas se movían como si estuviera corriendo en una invisible pista de atletismo. Corriendo o volando. ¡O algo como eso!



El profe Guzmán, ocupado en poner notas en su cuaderno, no vio (felizmente) mi salto, sino solo el registro de la marca que hicieron mis pies al aterrizar en el pozo de arena.

Me miró sorprendido. No lo podía creer: ¡cuatro metros y veinte centímetros! ¡Increíble! ¡Diez más que la marca de Renato Yrigoyen!



Y no me lo dijo, pero en sus ojos pude leer la duda: ¿Pisaste la raya? ¿Te adelantaste a la línea de partida? ¿Hiciste trampa, Álex Díaz?

Todos quedaron boquiabiertos, algunos me felicitaron. Renato Irigoyen estaba rojo de envidia. Hasta Chío Vega se acercó para decirme que mi salto había sido *expectacular*. Así, con “x”, como habla ella.

Solo yo sabía que no había realizado ningún salto increíble ni *expectacular*. Solo yo sabía que, en realidad, ¡ni había saltado!

Porque (ya hay que decirlo de una buena vez, me he demorado demasiado), mi verdadero PROBLEMA, así, con mayúsculas, es éste: ¡FLOTO!

Así de simple. Y así de complicado. Y nada gracioso.

Me ocurre a veces, últimamente, que de pronto y sin más ni más, sin que yo lo quiera y sin que pueda hacer nada para evitarlo, mi cuerpo pierde peso, mis pies se despegan del suelo, me siento liviano y... ¡FLOTO!

¿Me creen? ¿Ya ven que no es un problema tan simple como para contárselo a cualquiera?



4P



Percy Galindo Rojas
Álex, el flotador

Álex no sabe por qué, pero cuando se siente triste o presionado, le da por flotar. Se pone a investigar e intenta buscar por sí solo una solución. Sin embargo, nada parece funcionar, por lo que se angustia aún más. No se decide a contarle a sus padres acerca de su “problema”, pues ellos ya tienen bastante con sus propios problemas...

Percy Galindo Rojas nació en Huancavelica. Estudió literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 1991 obtuvo mención honrosa en el Concurso de las Mil Palabras de la revista *Caretas*; en 1992 ganó el trofeo de bronce de la VII Bienal de Cuento del Premio Copé, y en 2007 ganó la I Bienal de Novela del Premio Copé. **Álex, el flotador** es su primera historia para chicos.

ISBN: 978-612-4055-50-8



130444

A partir de 9 años